

os advierten que no entenderéis una palabra. Con esto se apresura uno, naturalmente, á tomar los veinte volúmenes de Carlyle—crítica, historia, folletos, caprichos, filosofía;—los lee con emociones muy extrañas, y rectificando cada mañana su juicio de la vispera. Por fin descubre uno que se halla en presencia de un animal extraordinario, resto de una casta extinguida, especie de mastodonte extraviado en un mundo que no está hecho para él. Se congratula de esa suerte zoológica, y le diseña con minuciosa curiosidad, pensando que no se encontrará probablemente un segundo.

§ 1.º—SU ESTILO Y SU ESPÍRITU.

I

Al pronto se queda uno desconcertado. Todo es nuevo aquí: las ideas, el estilo, el tono, el corte de las frases y hasta el diccionario. Todo lo toma al revés, todo lo violenta, las expresiones y las cosas. Las paradojas se presentan como principios; la sensatez toma la forma del absurdo: se ve uno como transportado á un mundo desconocido cuyos habitantes andan con la cabeza abajo y los pies hacia arriba, en traje de arlequines, de grandes señores y de maníacos, haciendo contorsiones y respingos y dando gritos; aturden dolorosamente aquellos sonidos violentos y discordantes; le dan á uno tentaciones de taparse los oídos;

le duele la cabeza; se ve obligado á descifrar una nueva lengua. Se mira el índice de los volúmenes que deben ser más claros, por ejemplo: la *Historia de la Revolución francesa*, y se leen estos epígrafes de capítulos: «Ideales realizados.—Viático.—*Astræa redux*.—Petición en jeroglíficos.—Mercurio de Brézé.—Broglie el dios de la guerra.» Se pregunta uno qué relación puede haber entre esas charadas y los acontecimientos tan claros que todos conocemos. Entonces se cae en la cuenta de que habla siempre en enigmas. «Tajadores de lógica», he ahí como designa á los pensadores del siglo XVIII. «Ciencias de castores» es su expresión para los catálogos y las clasificaciones de nuestros sabios modernos. «La luz de luna trascendental», quiere decir las divagaciones filosóficas y sentimentales importadas de Alemania. Culto de la «calabaza rotatoria», significa la religión exterior y mecánica (1). No puede ceñirse á la expresión sencilla; entra á cada paso en el terreno de las figuras; da cuerpo á todas sus ideas; necesita tocar formas. Se ve que está obsediado y acosado de visiones brillantes ó lúgubres; cada uno de sus pensamientos es una sacudida; una oleada de espumosa pasión sube hirviendo á aquel cerebro que rebosa, y el torrente de imágenes se desborda y precipita con todos los cienes y todos los esplendores. No puede razonar; es forzoso que pinte. ¿Se trata de explicar los apuros de un joven obligado á elegir una carrera entre las concupiscencias y las dudas de la edad en que vivimos? Pues os presenta «un mundo desquiciado, bazuqueado y hun-

(1) Parece que los kalmucos ponen oraciones en una calabaza que hace girar el viento, lo que produce, en su sentir, una adoración perpetua. Igual los molinos de oración del Tibet.

diéndose, como el antiguo mundo romano cuando se colmó la medida de sus iniquidades; abriéndose por doquiera abismos, desencadenándose los diluvios superiores y subterráneos, y apagándose todas las estrellas del cielo en medio de ese caos furioso alumbrado por una opaca claridad. Ahora apenas hay una estrella del cielo visible para el hombre; las nieblas pestilentes, las exhalaciones impuras, ya incesantes, excepto en las cimas más altas, han borrado todas las estrellas del cielo; en su lugar vagan fuegos fatuos de diversos colores. Sobre el caos furiosamente embravecido y en la plomiza atmósfera no se ven más que brucas fulguraciones de relámpagos revolucionarios; después nada más que las tinieblas, con las fosforescencias de la filantropía, ese vano meteoro; aquí y allí un luminar eclesiástico que se balancea aún suspendido de sus vetustos y vacilantes asideros, pretendiendo ser todavía una luna ó un sol, aunque, visiblemente, no sea más que un farol chino, compuesto sobre todo de *papel*, con un cabo de vela que muere miserablemente en su corazón» (1).

Figuraos un volumen, veinte volúmenes, compuestos de cuadros semejantes, unidos por exclamaciones y apóstrofes; la historia misma, su *Historia de la Revolución francesa*, parece un delirio. Carlyle es un *vidente* puritano, que ve pasar por delante de sí los cadalsos, las orgías, las matanzas, las batallas, y que, asediado de fantasmas furiosos ó sangrientos, profetiza, anima ó maldice. Si no tiráis el libro de cólera y de fatiga, perdéis la cabeza; se evaporan vuestras ideas; os asalta la pesadilla; gira vertiginosamente en vuestro cráneo una mascarada de figuras

(1) *Vida de Sterling*, pag. 55.

contraídas y feroces; oís aullidos de insurrección, aclamaciones de guerra; os ponéis malos; os parecéis á aquellos oyentes de los presbiterianos á quienes la profecía llenaba de enojo ó de entusiasmo, y que rompían la cabeza al profeta cuando no le tomaban por general.

Esas violentas excentricidades os parecerán más violentas aún si notáis la extensión del campo que recorren. De lo sublime á lo innoble, de lo patético á lo grotesco, no hay más que un paso para Carlyle. Toca á la vez los dos extremos. Sus adoraciones acaban en sarcasmos. «El universo lo mismo es para él un oráculo y un templo que una cocina y una cuadra.» Se encuentra á sus anchas en el misticismo como en la brutalidad.

«Un silencio de muerte (dice, hablando de una puesta de sol en el cabo Norte) (1); nada más que las rocas de granito con sus tintas de púrpura y el tranquilo murmullo de ese Océano polar de lentas ondulaciones sobre el cual se cierne perezosamente, en el remoto Norte, el ancho y bajo sol, como si él también quisiese adormecerse. Sin embargo, su capa de nubes está bordada de oro y carmesí; su luz corre por el espejo de las aguas como un trémulo pilar de fuego que baja hacia el abismo y se oculta á mis pies. En tales instantes, la soledad no tiene precio; porque ¿quién querría hablar ó ser visto cuando detrás de él yacen Europa y Africa profundamente dormidas, y delante se extienden la inmensidad silenciosa y el palacio del Eterno, del cual no es nuestro sol más que una lámpara, una lámpara del pórtico?» He ahí las magnificencias que descubre siempre que se halla

(1) *Sartor resartus*.
Historia.

frente á frente de la naturaleza. Nadie ha contemplado con más honda emoción los astros mudos que circulan eternamente por el pálido firmamento y envuelven nuestro pequeño mundo. Nadie ha contemplado con un terror más religioso la infinita oscuridad en que nuestro pobre pensamiento aparece un instante como un resplandor, y el tétrico abismo, contiguo á nosotros, en donde va á extinguirse «el ardiente frenesí de la vida». Habitualmente tiene fijos los ojos en esas grandes tinieblas, y pinta, embargado por la veneración y la esperanza, el esfuerzo que han hecho, para traspasarlas, las religiones. «En el corazón de las más apartadas montañas (1) (dice) se alza la iglesita. En torno duermen los muertos debajo de sus blancas piedras tumulares, aguardando una feliz resurrección. Insensible serías, lector, si en la hora lúgubre de la media noche, cuando el espectro de esa iglesia se cernía en el cielo, y el ser se hallaba como sepultado en las tinieblas, no la oíste decir cosas indecibles que llegasen al alma de tu alma. Fuerte se sentía el que tenía una iglesia, lo que podemos llamar una iglesia. Por ella subsistía virilmente ante Dios y ante el hombre, aunque en el centro de las inmensidades, en la confluencia de las eternidades. El inmenso universo sin orillas se había hecho para él una firme ciudad y morada que conocía (2).» Sólo Rembrandt vió esas visiones anegadas en sombras y sureadas por rayos místicos. He ahí la iglesia que pintó (3); he ahí la misteriosa aparición flotante, llena de radiantes formas, que puso en lo más alto del cielo, por encima de las

(1) *Revolución francesa*, tomo I, pág. 13.

(2) *Ibid.*, cap. II.

(3) En la *Adoración de los pastores*.

tempestuosas tinieblas y del terror que agita á los seres mortales. Las dos imaginaciones tienen la misma grandeza dolorosa, las mismas irradiaciones y las mismas angustias. Y las dos caen con la misma facilidad en la trivialidad y la crudeza. No hay úlcera, no hay fango bastante repugnantes para detener á Carlyle. Comparará al político que busca la popularidad (1) «con el perro ahogado del último estío que sube y baja por el Támesis á merced de la corriente y de la marea, que conocéis de vista, y también de olfato; que encontraréis allí á cada viaje, y cuya hediondez es más intolerable cada día». En su estilo menudean los despropósitos. Cuando el frívolo cardenal de Loménie propone convocar un consejo pleno, le equipara á los «canarios amaestrados, que son capaces de volar alegremente con una mecha encendida entre las patas, y prender fuego á cañones y depósitos de pólvora» (2). En caso preciso recurre á las imágenes extravagantes. Termina un ditirambo con una caricatura. Salpica las magnificencias con bellaquerías estrambóticas. Apareja la poesía con el retruécano. «El genio de Inglaterra (dice al fin de su libro sobre Cromwell) no se cierne ya, mirando al sol y desafiando al mundo, como un águila al través de las tempestades. El genio de Inglaterra, harto más parecido á un avestruz voraz, atento á su pitanza y cuidadoso de su pellejo, presenta al sol su *otro* extremo, hundiendo su cabeza de avestruz en el primer matorral que encuentra, bajo viejas capas eclesiásticas, bajo mantos regios ó bajo cualquier otra artimaña protectora que acierte á estar á su alcance; y en esa posi-

(1) *Folleto del último día*, cap. II.

(2) *Revolución francesa*, tomo I, pág. 137.

ción espera el desenlace. El desenlace se ha hecho esperar; pero ahora se ve que es inevitable. No hay avestruz atento á su grosera pitanza terrena, y con la cabeza escondida en artimañas engañosas, que no se vea despertado algún día de una terrible manera *a posteriori*, sino de otro modo (1).»

Con esa chocarrería concluye su mejor libro, sin dejar el acento serio y doloroso, en medio de los anatemas y de las profecías. Tiene necesidad de esos grandes sacudimientos. No sabe estarse quieto en un sitio, sin ocupar cada vez más que una provincia literaria. Salta desenfrenadamente de un confin al otro del campo de las ideas; confunde todos los estilos; mezcla todas las formas; acumula las alusiones paganas, las reminiscencias de la Biblia, las abstracciones alemanas, los términos técnicos, la poesía, la jerga, las matemáticas, la fisiología, las palabras antiguas y los neologismos. No hay cosa que no pisotee y atropelle. Las construcciones simétricas del arte y el pensamiento, dispersas y trastornadas, se hacinan á los golpes de sus manos en gigantesco montón de ruinas informes, sobre el cual gesticula y combate él, como un conquistador bárbaro.

II

Esa disposición de espíritu engendra el *humour*, palabra intraducible, porque nos falta lo que expresa.

(1) *Cartas de Cromwell*, fin.

El *humour* es el género de talento que puede agradar á germanos, á hombres del Norte; conviene á su espíritu, como la cerveza y el aguardiente á su paladar. Para los hombres de otra raza es desagradable; para nuestros nervios es demasiado áspero y demasiado amargo. Ese talento contiene, entre otras cosas, la afición á los contrastes. Swift bromea con el semblante grave de un eclesiástico que oficia, y desenvuelve, como hombre convencido, los absurdos más extravagantes. Hamlet, poseído de terror y desesperación, se desata en bufonadas. Heine se burla de sus emociones en el momento mismo de entregarse á ellas. Les gustan los disfraces: ponen un ropaje solemne á las ideas cómicas, una casaca de arlequin á las ideas graves. Otro carácter del *humour* es el olvido del público. El autor nos declara que no se preocupa de nosotros, que no le hace falta ser comprendido ni aprobado, que piensa y se divierte por su propia cuenta, y que, si nos desagradan su gusto y sus ideas, no tenemos más que quitarnos de delante. Quiere ser refinado y original á su guisa; en su libro está como en su casa, y á puerta cerrada; se queda en bata y zapatillas, con los pies en lo alto á menudo, y á veces sin camisa. Carlyle tiene su estilo propio, y anota su idea á su manera; á nosotros nos toca comprenderla. Hace alusión á una frase de Goethe ó de Shakespeare, á una anécdota que en aquel momento le ocurre; tanto peor para nosotros, si no la sabemos. Grita cuando le acomoda; tanto peor para nuestros oídos, si no les place. Escribe según los caprichos de la fantasía, con todos los repentes de la invención; tanto peor para nosotros, si nuestro espíritu lleva otro paso. Anota al vuelo todos los matices, todas las singularidades de su concepción; tanto peor para nosotros, si la nuestra no las alcanza.

Un último carácter del *humour* es la irrupción de una violenta jovialidad en medio de un pasaje impregnado de tristezas. Así aparece de pronto la descompostura intempestiva. La naturaleza física, oculta y oprimida bajo el peso de los hábitos de reflexión melancólica, se presenta al desnudo un instante. Veis una mueca, un ademán de truhán, y después vuelve todo á su solemnidad acostumbrada. Añadid, por remate, las explosiones imprevistas de imaginación. El humorista encierra un poeta; de pronto, en la bruma monótona de la prosa, al fin de un razonamiento, brilla un paisaje: bello ó feo, poco importa; basta que impresione. Esas desigualdades pintan bien al germano solitario, enérgico, imaginativo, amante de los contrastes violentos, guiado por la reflexión personal y triste, con imprevistos resabios del instinto físico, y tan diferente, en todo esto, de las razas latinas y clásicas, razas de oradores ó de artistas, donde no se escribe más que mirando al público, donde no se gusta más que de ideas enlazadas, donde no satisface más que el espectáculo de las formas armoniosas, donde la imaginación es ordenada, donde la voluptuosidad parece natural. Carlyle es profundamente germano, más próximo que ninguno de sus contemporáneos al tronco primitivo: un escritor cuyas genialidades y jovialidades son extrañas y rayan en enormidades; se llama á sí mismo «un toro salvaje enfangado en las selvas de Germania». Por ejemplo: su primer libro, *Sartor resartus*, que es una filosofía del traje, contiene, á propósito de los mandiles y de los calzones, una metafísica, una política, una psicología. El hombre, según él, es un animal vestido. La sociedad tiene por fundamento el paño. «Porque, sin vestidos, ¿cómo podríamos poseer la facultad matriz, el asiento del

alma, la verdadera glándula pineal del cuerpo social, es decir, una *bolsa?*» Por otra parte, ¿qué es el hombre á los ojos de la razón pura? «Un espíritu, una aparición divina, un *yo* misterioso, que, debajo de sus trapos de lana, lleva un vestido de carne tejido en los telares del cielo, por el cual se revela á sus semejantes, y ve y se fabrica á sí mismo un universo con cerúleos y estrellados espacios y largos miles de siglos.» Prosigue la paradoja, chocarrera y mística á la vez, ocultando teorías bajo dislates, y haciendo un revoltillo de ironías feroces, tiernos idilios, relatos de amor, explosiones de furia y cuadros de carnaval. Demuestra muy bien que «el suceso más notable de la historia moderna no es la dieta de Worms, ni la batalla de Austerlitz ó de Wagram, ni ninguna otra batalla, sino la idea que tuvo Fox el cuáquero de hacerse un traje de cuero»; porque, vestido así para toda la vida, cobijándose en un árbol y comiendo bayas silvestres, podía estarse ocioso é inventar á sus anchas el puritanismo, es decir, el culto de la conciencia. He ahí de qué modo trata Carlyle las ideas que le son más queridas. Se ríe de la doctrina que va á ocupar su vida y todo su corazón.

¿Se quiere tener el compendio de su política y su opinión sobre su patria? Prueba que, en la transformación moderna de las religiones, se han elevado dos sectas principales, sobre todo en Inglaterra: una, la de los ganapanes; otra, la de los dandies. «La primera se compone de personas que han hecho voto de pobreza y de obediencia, y que podrían tomarse por adoradores de Hertha, la Tierra, porque cavan con celo y trabajan continuamente en su seno, ó bien, encerrados en oratorios particulares, meditan y manipulan las sustancias que han extraído de sus entrañas. Por otra

parte, viven, como los druidas, en moradas sombrías, y aun frecuentemente rompen los vidrios de sus ventanas y los rellenan de trapos ó de otras materias opacas hasta restablecer la oscuridad conveniente. Todos son rhizófagos ó comedores de raíces. Algunos son ictiófagos y usan arenques salados, absteniéndose de toda otra alimentación animal, fuera de los animales muertos de muerte natural—lo que indica probablemente algún resto de sentimiento brahmánico extrañamente pervertido.—Su medio universal de subsistencia es la raíz llamada patata... En todas sus ceremonias religiosas dice se que es requisito indispensable el fluido llamado whisky, y que se hace de él un gran consumo.» «La otra secta, la de los dandies, afecta una gran pureza y el separatismo, distinguiéndose por un traje especial y, hasta donde es posible, por una lengua especial; su principal objetivo es conservar un verdadero porte nazareno y preservarse de las manchas del mundo.» Profesan varios artículos de fe, siendo los principales: «que los pantalones deben ceñirse mucho á las caderas; que, con ciertas restricciones, se permite á la humanidad llevar chalecos blancos; que ninguna licencia de la moda puede autorizar á un hombre de gusto delicado á adoptar el lujo adicional posterior de los hotentotes». «Puede descubrirse en esa secta cierto matiz de maniqueísmo, y también una analogía bastante grande con la superstición de los monjes del monte Athos, que, á fuerza de mirarse el ombligo con toda su atención, acababan por descubrir en él la verdadera apocalipsis de la naturaleza y el cielo revelado. Según mis propias conjeturas, esta secta no es más que una modificación, amoldada á nuestro tiempo, de la superstición primitiva, llamada culto de sí mismo.» Sentado lo que antecede, saca las

consecuencias. «Yo llamaría á esas dos sectas dos máquinas eléctricas inmensas y sin ejemplo (movidas por la gran rueda social), con baterías de cualidad opuesta: negativa la de los ganapanes, y positiva la del dandismo; atrayendo la una hacia sí y absorbiendo hora por hora la electricidad positiva de la nación (á saber: el dinero), y apropiándose la otra la negativa (á saber: el hambre, tan poderosa como aquélla). Hasta aquí no habéis visto más que chispazos parciales y pasajeros. Pero aguardad un poco, hasta que toda la nación se halle en un estado eléctrico, es decir, hasta que toda vuestra electricidad vital, no neutra ya como en el estado sano, se distribuya en dos porciones aisladas, una negativa y otra positiva (á saber: el hambre y el dinero), encerradas en dos baterías tan grandes como el mundo. El roce del dedo de un niño las pone en contacto, y...» Se detiene de pronto, y os abandona á vuestras conjeturas. Esa amarga alegría es la de un hombre furioso ó desesperado que, de propósito, y cabalmente á causa de la violencia de su pasión, la contuviera y se esforzase en reír, pero á quien un estremecimiento repentino delatase al cabo por entero. Dice en alguna parte que en el fondo de la naturaleza inglesa, bajo todos los hábitos de cálculo y de sangre fría, hay una hoguera inextinguible, un foco de furor extraordinario, el furor de aquellos escandinavos, que, una vez metidos en lo recio de la pelea, no sentían ya las heridas, y combatían y mataban, á pesar de que la menor de esas heridas hubiese sido mortal para cualquier otro hombre. Ese frenesí destructor, ese levantamiento de potencias interiores desconocidas, ese desencadenamiento de una ferocidad, de un entusiasmo y de una imaginación desordenados é indomables, es el que apareció en el Renacimiento y la Reforma,

y de que hoy subsiste un residuo en Carlyle. He aquí un vestigio en un pasaje casi digno de Swift, y que es el resumen de sus sentimientos habituales, al par que su conclusión sobre la edad en que vivimos (1):

«Supongamos que existen cochinos—hablo de cochinos de cuatro patas—dotados de una sensibilidad y una aptitud lógica superiores, poseedores de cierta cultura, y capaces de extender en el papel, para nuestro uso, su idea del universo, de sus intereses y de sus deberes. Esas ideas podrían interesar á un público lleno de discernimiento como el nuestro, y serían en resumen como sigue:

»1.º El Universo, hasta donde puede juzgarse por una sana conjetura, es una inmensa artesa de puercos, consistente en sólidos y en líquidos, y en otras variedades ó contrastes, especialmente en lavazas aseQUIBLES y lavazas inaseQUIBLES: las últimas en cantidad infinitamente más considerable para la mayoría de los cochinos.

»2.º El mal moral es la imposibilidad de alcanzar las lavazas. El bien moral, la posibilidad de alcanzarlas.

»3.º La poesía de los cochinos consiste en reconocer universalmente la excelencia de las lavazas y de la cebada molida, así como la felicidad de los cerdos que tienen bien provista su artesa y bien repleta su panza. ¡Gron!

»4.º El cochino conoce el tiempo. Debe mirar el que va á venir.

»5.º ¿Quién hizo al cerdo? No se sabe. Quizá el carnicero.

»6.º Definid el deber completo de los cochinos.—

(1) *Folletos del último día. Jesuitismo*, pág. 28.

La misión de la cochinería universal y el deber de todos los cochinos en todos los tiempos es disminuir la cantidad de las lavazas inaseQUIBLES y aumentar la cantidad de las aseQUIBLES. Todo conocimiento, toda industria, todo esfuerzo debe dirigirse á ese fin y á ese solo fin. La ciencia de los cochinos, el entusiasmo y anhelo de los cochinos, no tienen otro objeto. Ese es el deber total de los cochinos.»

He ahí el lodo en que enfanga á la vida moderna, y, por encima de todas, á la vida inglesa, anegando de una vez y en el mismo cieno el espíritu positivo, el apego á lo confortable, la ciencia industrial, la Iglesia, el Estado, la filosofía y la ley. Ese catecismo cínico, lanzado en medio de declamaciones furibundas, da, en en mi sentir, la nota dominante de ese extraño espíritu: esa tensión arrebatada constituye su talento; es la que produce y explica sus imágenes y sus incongruencias, sus risas y sus furores. Hay una expresión inglesa intraductible que pinta ese estado y muestra toda la constitución física de la raza. *His blood is up*. En efecto: el temperamento flemático y frío cubre la superficie; pero, cuando hierve en las venas la sangre sublevada, el animal febril no se sacia más que con estragos ni se satisface más que con excesos.

III

Parece que un alma tan violenta, tan entusiasta y tan salvaje, tan abandonada á los desafueros de la imaginación, tan desprovista de gusto, de orden y me-